

Cruz y Raya

I. Flores epistolares

De don Nazario Roña a don Pío Matagatos

Al Ilmo. Sr. Pío Matagatos, joyero, taxidermista, anticuario y comemierda.

Muy a mi pesar, haciendo de tripas corazón, me dirijo a Vd. por motivos estrictamente profesionales, sin que esto sirva de precedente ni signifique un paso atrás en el odio visceral que nos une. Vaya seguido que lamento esta frase inicial, donde, citando tripas y vísceras, es seguro que habré provocado un acceso de gula en un buitre de su especie; no obstante, pese a su condición carroñera, es mejor que vayamos al grano.

Soy conocedor de que, entre otros frutos del pillaje y la estafa, además de cadáveres, quincalla y falsificaciones, guarda en su biblioteca privada (seguramente junto a una colección de pornografía zoófila) los cinco primeros números de la revista "Cruz y raya" (2ª etapa), que en su tiempo dirigió el insigne poeta don José Bergamín. Estando interesado en completar la colección, y temiendo además que tarde o temprano los citados ejemplares sean pasto de la humedad, la polilla o las babas, le comino a que los confíe a mi experto escrutinio. Dicho examen, caso de ser favorable, puede reportarle a Vd. un sustancioso beneficio crematístico (cuyo montante, sirva como aviso, de todas formas no excederá los 20 euros) que le permitirá degustar una comida caliente. Sabiendo de sus aficiones, tampoco tengo inconveniente en utilizar la secular fórmula del trueque (que, a buen seguro, Vd. ya practicaba en la Edad de Piedra), ofreciéndole, por ejemplo, un perro muerto.

En espera de su pronta misiva, con la que me limpiaré el culo, le envío un sentido corte de mangas.

R.I.P

De don Pío Matagatos a don Nazario Roña

Al Excmo. Sr. Nazario Roña, baratijero, bibliófago, borrachuzo y carcamal.

Recibida su atenta carta de oligofrénico, y una vez limpia de piojos y cazcarrias, permítame en primer lugar confesarle que mi sorpresa ha sido grande, pues le imaginaba criando malvas en la fosa común. Me congratulo de que esté sólo muerto de hambre, y dejando aparte que Vd. es un enano, un alcohólico y un idiota profundo,

estará de acuerdo conmigo en que debe agradecer a los Hados el precioso don de la longevidad. O, más propiamente, de la decrepitud, pues, en vez de una librería de viejo -a la cual, derrochando ínfulas, llama anticuaria-, todo el gremio la califica como librería de chocho. Pero basta ya de elogios vanos, a los que sin duda un perro sarnoso como Vd. debe estar acostumbrado.

Respecto al asunto que nos ocupa, tengo a bien aceptar su súplica, y le exijo que abandone su chamizo para personarse en mi mansión el próximo sábado a las 18 hrs. si la demencia senil y la flojera de esfínteres se lo permiten, advirtiéndole de antemano que el precio de los cinco ejemplares de "Cruz y raya" (2ª etapa) en ningún caso será inferior a 100 euros, constituyendo además un lote indivisible. Así mismo le informo que en prueba de mi hospitalidad se verá obsequiado con una taza de café, infusión exótica cuyo sabor le sorprenderá tras toda una desgraciada vida desayunando achicoria y leche en polvo del Plan Marshall, y alimentándose el resto del día con el vino más barato del mercado.

Ruego, por último, que no se presente en pijama.

Aguardando la visita de semejante piltrafa humana, le envío un cordial pedo.

Q.U.E.P.D.

II. La negociación

La luz entra, pizpireta, para maquillarse como una mujer. Piedra con flequillo de teja, azulejo hispalense y naturaleza doméstica, centenares de tiestos floridos invadiendo el suelo y las paredes, asesinando el *horror vacui* con pacíficas explosiones de color. Regazo del patio andaluz, donde se recuesta el alma.

Al fondo, tras las arcadas, se apostan un corzo, un jabalí, un zorro y un pequeño tigre, centinelas de mirada espuria: las joyas del taxidermista. En primer plano, en una esquinita, el pozo encalado, que dicen airón. Junto al pozo, bajo el emparrado, dos personajes en torno a una mesa oval y sobre sendas sillas *Sheraton* procedentes de un reputado taller napolitano de falsificaciones. Humean dos tazas de café.

Ambos personajes de solemne traje negro, ambos solterones, solitarios, octogenarios y mezquinos: almas gemelas hasta en la malquerencia que mutuamente se profesan. Pero físicamente son la antítesis. Don Nazario, el visitante, chaparro, redondo y paticorto, un tambor apoyado en los palillos, es la *o* minúscula. En cambio don Pío, el anfitrión, alto y carniseo, es la *i* mayúscula. Al primero, que sostiene las revistas ya escrutadas entre sus manos gordezuelas, parece que le han brotado los rasgos por erupción, con la narizota papú, los carrillos trompeteros, los labios siempre insinuando un pucherito, la frente abultada y los globos oculares, de violenta yema endrina, como si estuvieran presionados por dentro; mondo, y con gorguera de papada natural, el contorno de su cabeza parece trazado a compás. Por contra, el rostro del segundo sería paradigma vampírico, a falta de los colmillos sangradores: esconde los ojos tras dos rendijas entoldadas, y bajo las rendijas, como calvotos requemados, nacen unos bulbos funéreos (quizá llore alquitrán); vulpinos los hocicos, haciendo aún más lejana y hermética la mirada estrecha; los labios resumidos en una rendija más grande; mentón y pómulos formando esquinas; orejas de diseño fáunico tras unas patillas pulcras; sienes cableadas; cabello hacia atrás, bruñido de gomina, con dos avenidas próximas a la gran plaza de la coronilla. Es cabeza alargada, a lo Greco.

Reina un plúmbeo silencio de mausoleo. Don Pío, de manos enlazadas sobre las piernas, hace impacientes molinetes con los pulgares. Los enemigos cruzan sus miradas

como se cruzan los sables; cuando no, van marchitando geranios, hortensias, rosas, claveles inocentes. Habla por fin don Nazario, y parece que se ha roto un plato.

-¡Páginas pegadas, manchas de humedad, de grasa o de semen, esquinas rotas o quemadas, el número cuatro sin portada, todo más amarillo que el medio de la bandera! ¡Mierda de revistas leprosas! -crescendo de ira-. ¡Y este pirata me pide cien euros! ¿No se le cae la cara de vergüenza, malaje? -aspaviento de manos; los ojos son bolaños prestos a ser disparados-. Si ya lo dice el refrán: *al avariento y al puerco, después de muertos*.

-¡Mira quién habló, que la casa honró! Guarde las maneras, don Nazario, que no está en la taberna -arremete don Pío con máscara de benevolencia y voz litúrgica, casi melindroso, estirando la franja labial en un conato de sonrisa-. Bien se ve que he metido la pata ofreciendo mi hospitalidad a un bellaco de su calaña. ¿Acaso cree que desconozco lo cotizadas que están las colecciones de "Cruz y raya", mendrugo? -y el *mendrugo*, untado en tono suave, se vuelve más duro-. ¡Vamos, hombre, que no me he caído del guindo! La verdad es que no sé por qué ando en tratos con pobretones; pierdo categoría.

-¿Pobretón, yo? ¡Y encima este ladrón malasombra me lo suelta con esa vocecilla de meapilas enfermo! ¡En mala hora se me ocurrió acercarme a esta zorrera! Descuide, que no volveré a llamar a su puerta ni aunque me vaya en ello la vida -y don Nazario se levanta con premura, derribando la *Sheraton* fraudulenta.

-¿No? Quizá sí, don Nazario, quizá se vea obligado -don Pío, que parece haber pronunciado estas palabras con una íntima certeza, no esboza una mueca de perversidad; esboza la mueca de la perversidad. El Diablo no debe tener más cara de diablo.

-Para matarle, miserable.

La luz se ha ido retirando de puntillas, turbada, apagando las flores, pero encendiendo las espurias miradas de cristal. Fluye una amenaza invisible, silenciosa y letal como un escape de gas, y el patio adquiere tenebrosos visos de *Casa Usher*, de *Malpertuis*, de castillo encantado. Velos carmesíes se extienden para cobijar el sueño del sol, delgadas líneas rojas que parecen escribir en el cielo sevillano una caligrafía presagiosa.

III. Un crimen misterioso

Con insano metodismo, don Pío estaba en pie a la del gallo, y pasaba varias horas, antes de abrir al público, encerrado en su joyería/tienda anticuaria de *Los Terceros*, inventariando, trasteando o simplemente dejándose llevar por la voluptuosidad del avaro entre sus posesiones. Aquella mañana, sin embargo, algo le detuvo a dos pasos de la puerta de su casa. El método fue tan pintoresco como expeditivo, tipo *Padre Brown*; la bola del llamador le había fracturado el cráneo.

Precisamente algunos días antes se le vio instalando la aldaba sin dejar de tararear fragmentos de *Nabucco*, muestra de ufanidad que, partiendo de quien partía, sembró la extrañeza en el barrio (tan sólida era su reputación de amargado). No obstante, lo cierto es que desde la inexplicada desaparición de su viejo enemigo del alma, acaecida un mes antes, don Pío parecía haber mejorado en salud y en carácter. Se le veía más animoso, había engordado seis o siete kilos y sus terribles ojeras disminuyeron en volumen e intensidad de color, como si el nivel de putrefacción estuviera descendiendo. Incluso diríase que su rostro draculesco había suavizado la cincelada expresión de maldad.

Las circunstancias que rodean el suceso fatal sólo inducen al desconcierto. La aldaba resultó ser una singularísima muestra de artesanía macabra entre la momificación y la joyería, pues la mano de donde fue desprendida el arma homicida era humana. Una

mano gordezuela y anónima, cubierta, como la mortal esfera de hierro, por una capa de resina y, sobre ésta -presumiblemente utilizando el método electrolítico-, otra de cobre. Aún se están estudiando las técnicas de confección del siniestro llamador, sin duda digno de figurar en un museo de los horrores.

Por otra parte, el cadáver de don Pío Matagatos fue descubierto, aún caliente, por un vecino a quien despertó una risotada atronadora, pero a la vez cavernosa, ecoica, como si brotara de un pozo. *Un pozo que dicen airón.*

Si el Infierno es tal lo cuenta Dante, don Pío y don Nazario están en el cuarto círculo a modo de escarabajos peloteros, es decir, rodando incesantemente enormes pesos. Si es tal lo cuenta Quevedo, están, amén de anhelantes de la resurrección de sus bolsas, con las almas vestidas del revés y los cinco sentidos en las uñas de la mano derecha. En ambas pinturas tiene portería Plutón. Modelos de Infierno aparte, fijo que no intercambian carantoñas.